

# Organización en la diversidad fomentada

PEDRO MONTSERRAT

Me piden ideas para contribuir, para dar un punto de vista distinto al común, el de un hombre dedicado toda su vida a la investigación ecológica, de plantas y sus comunidades, del pasto con hombres que lo manejan todo. El progreso real no debe interrumpirse, tanto a nivel particular como de hombre o familia insertos en otro más general, el común cuyo progreso debe auparse al de cada uno.

Ahora vivimos sumergidos en una «civilización» individualista, egoísta, formada por personas que se desentienden del conjunto, de la comunidad que les cobija y facilita su actuación. Perdemos los «posos culturales», la esencia de nuestra vida colectiva y nos penetran unos modos y actitudes foráneas que destruyen nuestra personalidad.

La educación actual olvida esa dimensión social del hombre y sólo se limita a informar o instruir, creyendo que la fuerza social hará el resto. Al salir para esparcirnos en la montaña comprobamos la insolidaridad de quienes dejan tanta «basura» (una parte de su personalidad enferma) bajo matas o pedruscos; es un insulto a quienes deseamos lo mejor.

Así constatamos un aspecto de la mala salud social, pero tenemos muchos más como los ocasionados por personas deformadas en escuelas universitarias; tenemos mucho titulado asocial, personas alejadas de nuestras realidades vitales que deciden por nosotros y deshacen nuestras comarcas, valles, montes o ríos. No quiero continuar y lo dicho basta para constatar que nos hace falta tener conciencia clara de nuestro papel social y la enorme trascendencia de nuestros actos sobre la evolución comunitaria, la de cada familia en su pueblo y las comarcas de nuestra nacionalidad tan rica y variada hasta hace muy poco.

Deseo aportar ahora una especie de resumen de lo que ya dije mediado Septiembre en León, ante los colegas ecólogos reunidos para tratar los temas ambientales y de gestión.

En una serie de artículos (*Cuadernos del Alto Aragón*) divulgué lo que ahora resumo: El progreso en la Biosfera —seres vivos que pueblan la Tierra— se hace reuniendo esfuerzos, creando unas comunidades organizadas que acumulan información adaptativa durante muchos años y «adivinan» las eventualidades previsibles.

El vino viejo con lenta fermentación en bodegas de montaña, proporciona un ejemplo de algo que mejora con los años y adquiere cualidades que no tenía el vino nuevo. Un rebaño que sube al mismo puerto y aún conserva su guía destacado con cencerro, acumula unas vivencias con información adaptativa valiosa para prevenir tormentas y conocer el lugar seguro; esta información es más útil si un pastor inteligente le acompaña y «aprende» con la realidad de cada día. Instinto gregario animal y cultura bien ensamblados, para garantizar la viabilidad del rebaño y evitar así las catástrofes o aprovechar bien los pastos.

El *gregarismo contagiado*, esa modalidad cultural tan arraigada en nuestros valles pirenaicos, explica el aparente contrasentido de las casas aisladas —sin

pared medianera— en valles caracterizados por su explotación comunal: individualidades y familias con gran personalidad que sólo comparten con otros lo esencial para mantener la vida comunitaria. No tendremos buenas *cooperativas* sin unos agricultores, ganaderos o artesanos de gran personalidad, preparados con esmero para todo: hombres de verdad —no números anodinos—, muy aptos para el trabajo y los éxitos en común.

Ahora vemos cómo se derrumban muchas teorías, las ideas de unos «sabios» deformados por su ciencia tan parcial que nos imponían; en cambio, surgen unos hombres de gran personalidad que se rebelan contra lo anodino de una masificación deformante. El mayor peligro radica en el cambio brusco, en el abandonar cosas valiosas y adoptar ideas o actitudes ajenas. Es preferible una lenta *evolución natural* de cada sistema antes de cambiarlo por otro jamás experimentado. Los ecólogos queremos un progreso real.

Ese progreso lento pero seguro se basa en la educación que forma unos agentes con acción casi automática, por convicción profunda gracias a los «conocimientos activos» adquiridos desde la infancia: hablo de autogestión en el seno de cada comunidad, pero además automatizada para que nada falle y todo salga espontáneo, natural.

Tuvimos buenas bazas en el pasado, —hasta los años cincuenta o sesenta—, y algunas aún persisten en pocos valles de las montañas aragonesas.

Sufrimos un cambio brusco debido a la mecanización rápida (tractor-prestigio), los «polos de desarrollo» y los esfuerzos para «matar pueblos»; se han producido unos cambios sociales tremendos con rotura fatal del proceso evolutivo que ahora nos exigirá mayor esfuerzo educativo, para formar al joven que actuará automáticamente; el hombre rural del futuro actuará con automatismo en todo lo esencial para el progreso de toda la comunidad, la del rebaño por una parte y la de las artesanías, —en especial culinarias—, por otro.

He ahí la raíz profunda de la desorganización en aumento, de la pérdida de capitales naturales (talas abusivas, incendios, erosiones, riberas destruidas, pastos abandonados...) pero aún es más grave la pérdida de *capital cultural*, aculturación creciente que ahora padecemos. Pero constato que los titulados universitarios aún aumentamos la desorganización: nos sobra *ciencia parcial* y en cambio falta la *cultura adaptativa*. Por ahora en las *Ferias y Mercados*, —en esos lugares para contrastar opiniones, para trazar los planes del futuro—, nos conviene preparar o iniciar ya las «autogestiones automatizadas» más urgentes. Pienso por ejemplo en el turismo integrado y culinario, con escuelas adecuadas; para las actividades agropecuarias, la escuela-finca, al menos para que los niños ejerzan cada sábado el oficio que será su vida y deben asimilar cuanto antes. Debemos superar las deficiencias enumeradas y otras parecidas, orientando así el futuro de nuestros valles pirenaicos que no deben desaparecer «consumidos» por un desarrollo ajeno a ellos.